



SOBRE EL ESPÍRITU DE LA ASUNCIÓN – X

Devoción a los Santos. Amor al Oficio divino.

Madre María Eugenia – 12 de mayo de 1898

Mis queridas Hijas,

Al hablaros la última vez del amor que debemos tener al cuerpo místico de Jesucristo que es la Iglesia, me he dado cuenta de que he omitido varias cosas sobre las que quiero hablar hoy.

El cuerpo místico de Jesucristo no se compone solamente de la Iglesia terrestre y de la cual formamos parte. Ésta, evidentemente, debe ocupar el aspecto más sensible, el más activo de nuestro amor y de nuestra entrega puesto, que es en ella donde trabajamos para conquistar almas y extender el reino de Jesucristo, ya que es en la Iglesia terrestre en la que recibimos los sacramentos y la verdad; pero no tenemos que alejar de nuestra devoción y de nuestro amor, a los miembros de Jesucristo ya triunfantes en el cielo, y que representan la parte más hermosa de la Iglesia, la más noble y la más adecuada para glorificar a Dios. Tampoco hay que olvidar a los miembros que sufren en el purgatorio, y hacia los cuales debemos manifestar una caridad compasiva.

Quiero hablar primero de la Iglesia triunfante; porque hay que considerar como una de las características del espíritu de la Asunción, la devoción a los Santos, no solamente a tres o cuatro santos conocidos más especialmente y venerados en los tiempos en los que nosotras vivimos, sino a todos los Santos. Fijaos que, entre las personas que entran en nuestra casa, son pocas las que conocen a otros santos que no sean san José, san Luis Gonzaga y quizá, a santa Teresa por razón de sus escritos. Si queréis, pongamos cinco en total, pero nada más. Este no es el espíritu de la Asunción, y sería triste, si educamos a nuestras niñas para que apenas conozcan esta riqueza de la Iglesia: estos Santos que son el trono en el que triunfa Jesucristo.

Creo, ante todo, que hay que recomendar la devoción a los Santos del Evangelio. Nuestro Señor vivió entre ellos; le atendieron durante su vida mortal; prepararon y anunciaron su reino. Para un alma fervorosa y vinculada a la Iglesia, junto a san José, san Juan Bautista debe tener un lugar muy importante. Este Santo, canonizado por el mismo Jesucristo, es modelo para nosotras en tres grandes órdenes de virtudes, la penitencia, la inocencia y el martirio.

Quiero a continuación hablar de los Apóstoles. Tener una gran devoción a los Apóstoles, está de acuerdo con nuestro espíritu, por razón de nuestra adhesión a la Iglesia. En otra época, no

hubiera hecho falta decir, esto, pues esta devoción era popular, y continuamente eran recordados san Pedro, san Pablo, san Juan, etc. Desgraciadamente esta devoción desaparece de día en día.

Hay también otros Santos, que han atendido a Nuestro Señor, que han tenido el honor de que les llamara amigos suyos, que forman parte del relato evangélico y a los que debemos tener gran devoción. Os he hablado de ellos ya en otra ocasión: no puedo pues extenderme en esto. Os indicaré solamente otras clases de Santos, a los que debemos tener una especial devoción, al menos a las dos principales de ellas.

Primero los inútiles, que, al cimentar la Iglesia con su sangre, han añadido al tesoro de los méritos de Jesucristo, riquezas de las que participamos cada día. Los hay que sobresalen: san Lorenzo, san Esteban, todos los que la Iglesia nombra en el canon de la Misa o en las Letanías; y a estos son a los que tenemos que venerar y tratar de conocer de un modo más especial.

Diría después, que nosotras debemos tener una gran devoción hacia todos aquellos que han extendido la fe cristiana, que han llenado el mundo, que lo han hecho más comprensible; -los doctores que han enseñado la verdad, y los fundadores de órdenes religiosas, que han recibido de Dios gracias muy especiales para la vida religiosa. Al invocarles, se debería aprender de cada santo la virtud en la que ha sobresalido. Así pues, cada fundador de una Orden religiosa es el modelo de una virtud, que pertenece a su Orden. Buscad y encontraréis ahí, principios seguros y sólidos para vuestra devoción. San Benito, san Francisco, santa Teresa, san Ignacio han recibido gracias para que las almas religiosas obtengan de ellos una comunicación de las virtudes propias de su estado.

Os indico esto para mostraros la universalidad de nuestra devoción a los Santos. Es preciso amarlos a todos, y nunca separar a Nuestro Señor de aquéllos que son como el pedestal de su trono. Tenemos en los Santos del Evangelio, en los Apóstoles, en los Mártires, a modelos admirables que no sabríamos estudiar e imitar suficientemente. Se podría decir otro tanto de los Santos de la Antigua ley. De uno, dice un Padre de la Iglesia, se recibe la gracia de la fe; de otro, la paciencia; de otro más, el ejemplo de una pureza tan perfecta que se extiende sobre todos los que le invocan. Fue la gracia del primer José y de ahí, el segundo José, ha recibido su nombre. En fin, en todos encontraréis enseñanzas magníficas a este respecto, si tenéis una gran devoción a los Santos.

Aquí, hago un paréntesis para deciros que no hay que olvidar a esas almas puras, santas y agradables a Dios que sufren todavía para purificarse, antes de ir a recibir la corona de gloria, y que esperan de nuestra caridad un socorro y un alivio.

Añado que os es más fácil conocer a los Santos, tenerles una devoción más amplia, más clara, ya que rezáis el Oficio y leéis continuamente su vida. Tened devoción a los Santos que la Iglesia establece como patronos en cada uno de los días del año; su intención es que a través de ellos pidáis muchas gracias. En el calendario no hay más que un cierto número de santos; son estilos y modelos, y se han escogido para la devoción de los pueblos, para socorrer a los pueblos, de un modo más especial, que los que no figuran en el calendario.

Veis, pues, cómo enseguida el amor a la Iglesia, incorpora a nuestros corazones, el amor al Oficio divino. Sabéis que la devoción al Oficio es una de las características de la Asunción. ¿Qué es pues el Oficio divino? Es la oración compuesta por la Iglesia, es el lenguaje mismo de la Iglesia. Esta oración la han rezado casi todos los Santos que nos han precedido en la ciudad

celeste, gran número de aquellos que expían sus faltas en el purgatorio; y, en la tierra, tenemos la misma voz, la misma oración que nuestro santo Padre el Papa, los obispos, los sacerdotes; la misma que las grandes Órdenes religiosas, y la de muchas almas fervorosas; -en otro tiempo hubiéramos podido decir que la de todas las almas fervorosas, puesto que era la devoción principal.

Si os fijáis en las viejas costumbres, veréis que, en las familias cristianas, todos los grandes acontecimientos estaban marcados con el recuerdo de las fiestas: “Tal cosa se hará el día de Nuestra Señora de agosto... Nuestro hijo ha nacido el día de san Andrés... Saldremos de viaje el día de santa Margarita...”. Así era como nuestros padres señalaban el tiempo, los momentos; así hablaban porque, al entrar en la vida de la Iglesia, conocían a todos los Santos y a todos invocaban.

Hay todavía otra cosa que debe haceros amar el Oficio divino: que es el lenguaje con el que os servís para hablar a Dios, en nombre de aquéllos que no rezan. La Iglesia os considera como cualificadas para mantener ese lenguaje con Dios, y alcanzar que descendan a la tierra las gracias vinculadas a cada una de las partes del Oficio. Hay gracias especiales dedicadas al recuerdo de cada Santo, a la conmemoración de cada fiesta. Hay gracias para los tiempos de Pasión, de Resurrección, de la Ascensión, de Pentecostés. Las hay también para las fiestas de la Santísima Virgen: en la Asunción, es la elevación de las almas hacia el cielo; en la Visitación, es la caridad. Del mismo modo cada Santo recibe de Dios dones para distribuirlos en la tierra; y, cuando rezáis al Oficio, pedís esas gracias para aquellos que no las piden, obtenéis el rocío que se derrama desde el cielo.

La primera razón de nuestro amor al Oficio, es que representa el lenguaje de la Iglesia y que nos sitúa en comunicación con todos los Santos del cielo y de la tierra. La segunda razón es que estamos cualificadas ante Dios, para obtener las gracias destinadas a cada día, por medio de las fiestas que celebramos. La tercera razón, es que vosotras debéis desear vuestra edificación personal. Ahora bien, en el conjunto de los salmos, de las lecciones, de las oraciones que rezáis en el Oficio, hay algo que debe nutrir con fuerza vuestra piedad, y apartaros de las pequeñas devociones que no son de nuestra espiritualidad.

Dios me libre de no desear que todas las devociones de la Iglesia sean respetadas y veneradas; pero no se pueden mantener al mismo tiempo las prácticas pequeñas y las grandes. La vida entera no bastaría para rezar todos los rosarios, todas las letanías que se han inventado en nuestros días. Los pueblos se han alejado de la devoción universal del Oficio; ya no saben qué son Maitines, Laudes, Prima, Tercia, Sexta y Nona; apenas conocen ya Vísperas y Completas; pero como la oración es necesaria, y las devociones son una necesidad esencial de la vida cristiana, se buscan y se fabrican otras que no tienen la savia católica con la que se alimentaban nuestros padres.

Vosotras, encontráis en el Oficio todo lo que puede proporcionar a vuestra devoción el carácter más eclesiástico, más sólido, más universal, más tradicional, el que resume todas las alabanzas que se han dado a Dios desde los primeros tiempos de la Iglesia, a partir de la Sinagoga y de los Patriarcas.

Quisiera decir algo para nuestras Hermanas coadjutoras que no rezan el Oficio en el coro, lo que les podría causar alguna pena. Lo que nosotras encontramos en el Oficio, ellas lo reciben por nuestra mediación; los conocimientos, las luces que podemos obtener en el Oficio, el estilo

de devoción propio de la Asunción, lo obtienen de sus Maestras y de sus Superiores. De este modo consiguen una formación con una mentalidad más católica que no obtendrían si ninguna de nosotras no tuviera esta devoción, en la que no pueden participar por razón de su trabajo.

Nuestras Hermanas coadjutoras tienen una ventaja que nosotras no tenemos; los trabajos de la casa, en los que se ocupan, les permite tener más libre su pensamiento para dedicarse a la oración; no tienen la preocupación que ocasionan las niñas, cuyo cuidado, cuya enseñanza, cuya conducta producen inquietudes casi constantes. Puedo decir que a aquéllas coadjutoras a quienes se ha llamado para que nos ayuden en el trabajo de las niñas, les parece mucho más dura esta ocupación que el trabajo material que cumplen de ordinario.

Renovémonos pues, Hermanas, en el amor al Oficio divino; actuemos de tal modo que vivamos y que nos alimentemos de sus enseñanzas. Las Órdenes religiosas antiguas, sólo tenían éste como tiempo fijo de oración. Rezaban lentamente los salmos, hacían largas pausas durante las que meditaban. Sin duda, por esta razón, san Agustín dice en su Regla: “Meditad en vuestro corazón lo que pronuncian vuestros labios”. Se comprende que, rezando así, el oficio equivale a la oración.

Nosotras, vale más que tengamos otros momentos de oración, pero es bueno alimentar la oración con lo que aprendemos en el Oficio.

Hay una última razón sobre la que necesitaría insistir con más amplitud de la que hoy podría hacerlo. Creo que una de las características de la devoción de nuestro Instituto debe ser la de tratar de alabar a Dios en todo momento.

“Laus Deo”, creo que debería ser nuestra divisa, así como. “Adveniat regnum tuum”. Naturalmente escogería: “Venga a nosotros tu reino”, para nuestra vida activa; “Alabado sea Dios”, para nuestra vida interior. Comprendéis, Hermanas, que, si esto es una de las características de las hijas de la Asunción, tendremos que considerarnos un poco como de esta ciudad celeste donde siempre se alaba a Dios, donde siempre se le rinde honor y gloria. Esta alabanza a Dios tiene una gran amplitud, responde al carácter de adoradoras, del que ya os he hablado.

Para precisar un poco en qué debe consistir este. “Laus Deo”, añadiría: si se trata de doctrinas, tomad siempre aquellas que proporcionan más honor y más alabanza a Dios, aquéllas en las que Dios es más honrado, en las que se manifiesta superior, mayor, más cordial, y no os equivocaréis. Las doctrinas erróneas presentan casi siempre un Dios terrible. Lo es, pero su misericordia sobrepasa su justicia, y la bondad es el fundamento de todas sus obras. Dios es justo con respecto a nosotros. pero la esencia de su ser es la bondad que se comunica. Para rendir alabanza a Dios, dirigid siempre vuestras devociones, vuestros pensamientos, vuestras convicciones a creer, de buen grado, aquello que otorga honor a Dios, aquello que le hace más cordial y más amado; aceptad únicamente las opiniones que os proporcionen una idea de Dios más grande, más afable, más confiada, más perfecta. Esta es una de las prácticas del “Laus Deo”. Después, disponed de una gran parte de vuestra devoción para alabar, adorar y glorificar a Dios.

El padrenuestro está dividido en dos partes: la primera es para honrar a Dios, la segunda para las necesidades del hombre. Tened una gran devoción a estas tres primeras peticiones:” Santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como

en el cielo". Sin duda estas tres peticiones sitúan al hombre en el orden más perfecto y en el más deseado por él, pero ante todo se refieren a Dios.

Aplicad también a vuestra devoción una gran parte de lo que se expresa en el comienzo del "Gloria in excelsis: Laudamos te. Benedicimus te. Adoramus te. Glorificamus te. Gratias agimus tibi". Creo que esto forma parte de la devoción que corresponde a una Religiosa de la Asunción.

En fin, en las relaciones con las almas, haced que amen y que glorifiquen a Dios. Que vuestro móvil principal sea la gloria de Dios, y en ella encontraréis siempre el bien de las almas.

Sed muy sensibles al honor de Dios, mucho más que al éxito. Sería un fracaso si algún día fuerais más sensibles al éxito que, al bien verdadero, si, en una casa, la Superiora, o vosotras mismas en lo que os incumbe, apreciaseis más el resultado que la virtud y que la perfección; si deseaseis más la alabanza de los hombres que recabar el honor de Dios, en vuestra actuación con las niñas o con cualquier criatura. Una Superiora, ante todo, debe buscar extender el reino de Dios, debe velar por todo lo que se refiere al honor, a la alabanza y a la gloria de Dios, mucho más que preocuparse del éxito y de la alabanza humana.

Os he hablado ya una vez del desinterés, y he aquí que me vuelvo a encontrar en el mismo terreno, pues el espíritu de la Asunción concurre en muchos puntos. Se compenetran, los unos con los otros, de tal modo que constituyen, para nosotras, un espíritu especial, que se halla de forma preeminente en el espíritu de la Iglesia. Lo encuentro, como veis, en el padrenuestro, en el "Gloria in excelsis", en el Oficio, en el amor a la Iglesia, en las enseñanzas de la Iglesia. En él no hay nada de extraño ni de particular; por el contrario, es lo más católico posible.

Por esto me he permitido decir que la Iglesia es una madre cariñosa y buena, que da a todos sus hijos aquello que más necesitan. Respecto a las cosas que se consideran curiosas y extraordinarias hay pocas mentes que puedan comprenderlas, pues estas cosas permanecen en las cumbres, a donde no todo el mundo llega. No creo que esto sea lo mejor. Lo mejor y lo más conveniente, es que la Iglesia dé a todos: el padrenuestro, el Gloria, las letanías de los Santos. Dé a toda la alabanza a Dios, la noción de que Dios es sumamente bueno, sumamente perfecto, sumamente afable.

He aquí todo lo que os recomiendo. No busco lo extraordinario, e insisto en este punto porque, a veces, por buscar cosas extraordinarias y selectas, se cae en lo menos seguro y en lo menos exacto. Taulero, por ejemplo, es un autor que no he leído; hay personas que encuentran en él maravillas, otras, por el contrario, inexactitudes. Esta clase de obras me hacen el mismo efecto que la mostaza en la comida; despiertan la atención, pero no son alimento. Para nosotras, por el contrario, deseo que tratéis de nutrir vuestra devoción con cosas totalmente seguras y católicas. Para muchos santos han sido suficientes; también os bastarán a vosotras para llegar a ser santas, sin el menor peligro y sin la más mínima ilusión.